

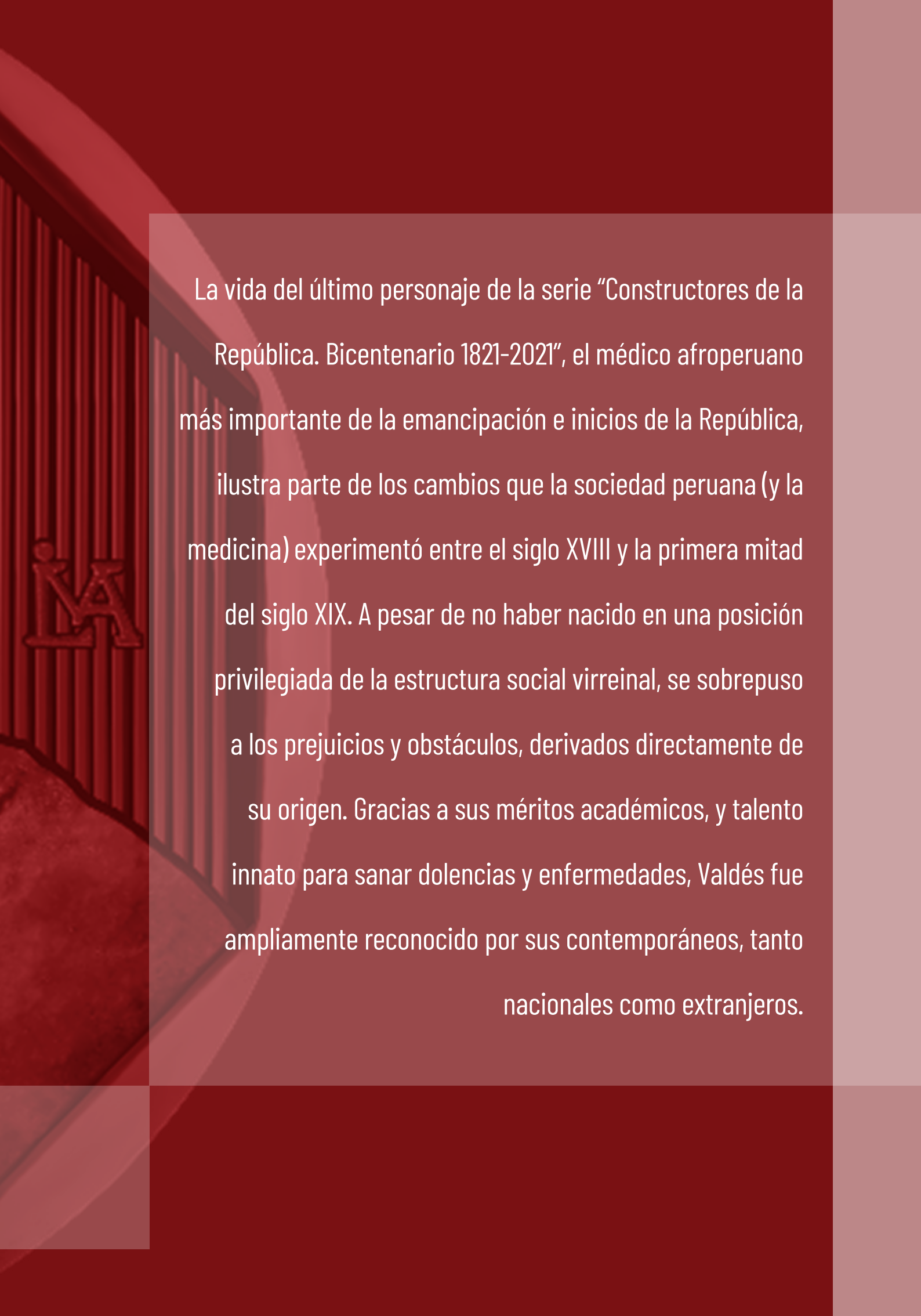
JOSÉ MANUEL
VALDÉS



JOSÉ MANUEL VALDÉS

TALENTO AFROPERUANO EN EL
PERÚ REPUBLICANO

CARMEN MC EVOY
Doctora en Historia
Latinoamericana
cmcevoy@sewanee.edu



La vida del último personaje de la serie “Constructores de la República. Bicentenario 1821-2021”, el médico afroperuano más importante de la emancipación e inicios de la República, ilustra parte de los cambios que la sociedad peruana (y la medicina) experimentó entre el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. A pesar de no haber nacido en una posición privilegiada de la estructura social virreinal, se sobrepuso a los prejuicios y obstáculos, derivados directamente de su origen. Gracias a sus méritos académicos, y talento innato para sanar dolencias y enfermedades, Valdés fue ampliamente reconocido por sus contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros.

José Manuel Valdés nació en la capital del virreinato peruano, en 1767. Fue hijo del músico indígena Baltazar Valdés y de la esclava liberta María Cabada, quien trabajaba para una familia española. Debido a la gran inteligencia que Valdés manifestó desde temprana edad, dicho hogar afrontó los gastos de su educación en el Real Colegio de San Ildefonso, uno de los más prestigiosos de Lima, reservado solo para españoles y criollos. En sus primeras décadas de vida, debió ser muy difícil para el futuro protomédico lidiar con la discriminación y el racismo de su tiempo, pero su objetivo de ser médico lo mantuvo ocupado, recorriendo las bibliotecas más importantes de Lima, para estudiar de manera autodidacta “el arte de curar”.

No obstante dichas dificultades, la época de Valdés fue un periodo de cambios. A inicios del siglo XIX, la creación del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando (1808) —espacio que se sumó al Anfiteatro Anatómico y la Sociedad de Amantes del País, ambos fundados en 1792— impulsó el desarrollo de la medicina en el virreinato y, asimismo, la construcción de una autoridad política y científica de médicos y filósofos peruanos en el periodo de tránsito hacia la República. Estos significativos avances, posibles gracias a la labor del sabio Hipóli-

to Unanue y Pavón, propiciaron la existencia de una meritocracia, hasta cierto punto bastante precoz, que permitió la incorporación en el gremio de médicos a indígenas, como Gabino Chacaltana Hernández, y afrodescendientes, como José Manuel Valdés.

En el caso del afroperuano, su condición racial no le permitió estudiar inicialmente en la Real Universidad de San Marcos, por lo que solo pudo obtener el título de cirujano latino (1788), que le autorizó, además de practicar la flebotomía o el sangrado de pacientes, prescribir remedios para casos más graves que los tratados por los cirujanos romancistas, ordenar purgativas a sus pacientes y realizar operaciones complejas. Sin embargo, los hombres de ciencia que conocían de su talento, entre ellos Unanue, solicitaron al rey Carlos IV de España la exoneración del requisito de “limpieza de sangre”, es decir, la dispensa de color para que Valdés pudiera estudiar en la universidad y lograra su sueño de ser médico. Tras ser aceptada esta petición, mediante real cédula el 11 de junio de 1806, Unanue acogió a Valdés en San Marcos, donde se graduó con honores como el primer médico afrodescendiente de dicha casa de estudios y, después, ejerció la cátedra de Medicina Clínica. Es importante subrayar que Valdés ocupará, por largos años, un sitial nunca alcanzado por un afrodescendiente en toda la región hispanoamericana, gracias a su valioso aporte a la medicina peruana, de la que dan cuenta sus publicaciones científicas. Su trabajo *Cuestión médica sobre la eficacia del bálsamo de copaiba en las convulsiones de los niños* (1801), publicado en Francia, contribuyó con su renombre internacional y permitió que fuese aceptado como miembro de la Real Academia Médica de Madrid (1816).

A pesar de que su talento le abrió muchas puertas y le permitió tener un estatus económico acomodado, Valdés sintió que su condición racial jugó en su contra. Es por ello que se entusiasmó mucho con la llegada de la independencia, de la mano del general José de San Martín, quien, al declarar la libertad de vientres (1821), dio un primer paso para terminar con la esclavitud peruana. Por si no fuera suficiente, durante las luchas de la independencia, Valdés participó en el frente médico, curando a las decenas de soldados del ejército patriota que cayeron presas de las tercianas y otras enfermedades en el campamento de Huaura. No sorprende, entonces, que el hijo de una esclava liberta compusiera una oda en la que apostaba, abiertamente, por la dimensión social de la gesta emancipadora. “De San Martín la libertad recibo y mis justos derechos”, escribió, y ello se concretó con su nombramiento al rango más alto de



En sus primeras décadas de vida, debió ser muy difícil para el futuro protomédico lidiar con la discriminación y el racismo de su tiempo, **pero su objetivo de ser médico lo mantuvo ocupado, recorriendo las bibliotecas más importantes de Lima, para estudiar de manera autodidacta “el arte de curar”.**





Retrato de autor anónimo de José Manuel Valdés. En Paz Soldán, C. E. (1942). *José Manuel Valdés 1767-1843*.



Procesión religiosa en la plaza Mayor, en Lima, según el diseño de Max Radiguet. En *L'illustration, Journal Universel*. (1853). *L'illustration: tome XXII orné de 800 vignettes. Juillet, Aout, Septembre, Octobre, Novemb., Decemb.*, p. 169. Paris.



En el ámbito de las letras, de acuerdo con el escritor y filólogo español Marcelino Menéndez Pelayo, **la obra poética de Valdés, a la que se debe añadir la mencionada oda dedicada a San Martín (1821), lo posiciona como uno de los pilares de la literatura del siglo XIX.**



la medicina peruana, además de su condecoración con la Orden del Sol por sus servicios a la patria y al desarrollo de las ciencias.

En la introducción de *Memoria sobre las enfermedades epidémicas que se padecieron en Lima en el año 1821 estando sitiada por el Ejército Libertador* (1827) —firmada por Valdés como profesor de Patología y Terapéutica, así como socio de la renombrada entidad madrileña— se subrayó que “la fama de la medicina peruana y la nombradía de su gobierno” exigían que “la influencia y desvelos” del segundo se extendiesen “hasta el humilde y melancólico lecho del enfermo”. En esa línea argumentativa, el prologuista de dicha memoria señaló que nada conducía más al adelanto de la ciencia que las disertaciones que, como las elaboradas por Valdés, abordaban la problemática del Perú en sus aspectos médicos. De ahí que la investigación sobre la epidemia que azotó la costa peruana en vísperas de su independencia podía ser considerada “una obra acabada en su género”, que incluso anunciaba un “curso de medicina peruana”. En este sentido, para el médico Miguel Tafur, diputado del primer Con-

greso Constituyente y gran admirador del notable afrodescendiente, el anhelo del gremio médico, que Valdés prestigiaba con su teoría y praxis —recogidas en sus *Memorias Médicas* (1836)—, era proteger y dignificar la noble profesión y a sus representantes, quienes no fueron lo suficientemente apreciados durante el régimen virreinal.

En uno de los estudios más completos sobre José Manuel Valdés, el investigador Fernando Romero señala que el sabio peruano no fue solo “médico, poeta, filósofo, parlamentario y una figura prominente de la sociedad peruana”, sino un afrodescendiente que, por su inteligencia y talento, brilló con luz propia en el firmamento nacional. Y lo hizo “concatenando una serie de circunstancias que sirvieron para romper con el prejuicio racista” que, luego de más de doscientos años de independencia, aún nos marca como colectivo social. Valdés era lo que, en la terminología de la época, se denominaba un zambo: por sus venas corría sangre indígena y negra. Esta condición le generó el injusto estigma social que marcó su lucha como diputado (1829) contra una legislación que marginaba a los afrodescendientes de la función pública. Fue el régimen republicano, opina Romero, el que dotó a Valdés de la dignidad y el sitio que merecía al ser nombrado médico oficial del Estado, protomédico general de la República (el penúltimo en la historia del otrora poderoso protomedicato peruano) y director del Colegio de la Independencia (ex Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando).

En el ámbito de las letras, de acuerdo con el escritor y filólogo español Marcelino Menéndez Pelayo, la obra poética de Valdés, a la que se debe añadir la mencionada oda dedicada a San Martín (1821), lo posiciona como uno de los pilares de la literatura del siglo XIX. El médico publicó el *Salterio*

Peruano o Paráfrasis de los ciento cincuenta Salmos de David y de algunos cánticos sagrados en verso castellano (1833), considerado por Menéndez Pelayo como “el mejor que ha salido de América y uno de los mejores en castellano”, y la *Vida admirable del bienaventurado fray Martín de Porres* (1840), el santo limeño del siglo XVII apreciado por Valdés. Asimismo, el hombre de ciencia, cuya acuarela pintada por Francisco “Pancho” Fierro ha preservado su imagen para la posteridad, tradujo los cánticos de Ana, Ezequías, Habacuc, Isaías, Moisés, Simeón y Zacarías, así como el “Magníficat”, añadidos al final del *Salterio*. Por otro lado, sus *Poesías Espirituales, escritas a beneficio y para el uso de las personas sencillas y piadosas* (1818, 1836) contienen tres romances sagrados (“Oración”, “Comunión” y “Castidad”) y otras composiciones con el mismo estilo de la versión de los *Salmos*. Romero sugiere que sus escritos religiosos sirvieron para paliar esa marginación que, a pesar de sus logros, siempre experimentó. Y que quizás la percibió hasta fallecer, el 29 de julio de 1843.

En la última etapa de su vida, Valdés fue duramente criticado en la prensa por su conservadurismo médico —enmarcado en la medicina hipocrático-galénica y la tradición imbuida en él por su maestro Unanue—, en medio de una campaña para prevenir la aparición de una epidemia de fiebre amarilla en la capital. Sin embargo, ello no demerita que quien empezó su carrera médica como cirujano latino y la culminó como el más renombrado discípulo de Unanue —al que se afirma que incluso superó— nos acerca a un patriota y héroe cívico, que deseó “que haya entre nosotros un código de medicina peruana, que sirva de norte a los que empiezan a cultivar el arte”, y cuya obra merece ser conmemorada por todo lo alto en el bicentenario de nuestra independencia.

